

HISTORIA

Ángeles LÓPEZ



El semanario «The Economist», ha elaborado un «ranking» en el que mide el índice de democracia en los países según las características de su vida política e institucional y el resultado es el siguiente: España aparece en el puesto 17 (de 166) después de Reino Unido y tres puestos por delante de Estados Unidos. Bélgica, en cambio, se sitúa en el puesto 35, ¡por debajo de la India! ¿Por qué, entonces, es percibida como un país mejor de lo que es en realidad, en lo que a calidad democrática se refiere? ¿Por qué un Estado de 10 millones de habitantes, con tres idiomas, que cuenta con siete parlamentos –ocho si sumamos el Senado–, es apreciado dentro y fuera de sus fronteras como un lugar más garantista que España? ¿Tienen la culpa hechos históricos no superados, como «la leyenda negra española»?

Remontémoslo al siglo XVI. Se designó «leyenda negra» a la visión de España que urdieron anglosajones y flamencos, quienes retrataron a nuestro país como nación cruel y tiránica, enemiga del progreso y de las innovaciones. Los creadores de aquella campaña propagandística concluían que éramos una nación gobernada por despotas que utilizaban la Inquisición para someter a sus incultos súbditos, y Felipe II era el peor de todos ellos. Pero, ¿por qué tanta saña contra el monarca? Por la posición de poder que adquirió España tras el descubrimiento de América y el desarrollo del imperio.

DESENCUENTROS JUDICIALES

La historiografía contemporánea desmiente tal leyenda, cuyos tópicos retrataban a los españoles como crueles, atrasados, altivos y poco dotados para las artes y las ciencias. La historiadora Carmen Iglesias, va más allá: «Se trata de la imagen exterior de España, tal como España la percibe. Consiste,

CONGO

LA PESADILLA QUE BÉLGICA QUIERE ESCONDER

A este país europeo no le tiembla la voz a la hora de acusar a España de Estado poco democrático y denunciar que nuestros jueces ofrecen pocas garantías, lo que no deja de sorprender en una nación que masacró a diez millones de congoleños, fue santuario de etarras y criminales nazis, se ha convertido en nido de yihadistas y cuya capital, Bruselas, es uno de los centros mundiales del tráfico de armas

por tanto, en los rasgos negativos –que son objetivamente los más repetidos– que la conciencia española descubre en la imagen de ella misma». Los enemigos del Imperio lograron el gran «fake» del siglo XVI. Un aparato publicitario que descreditaba a nuestro país en función de vendernos en el exterior como un lugar terrorífico. Hoy, la UE, tiene una oficina para desmontar este tipo de bulos que corren a través de las redes (como el reciente apoyo de Rusia al independentismo catalán), pero en

aquel momento era complicado.

Además de la propaganda secular, las extradiciones entre Bélgica y España siempre han generado controversias políticas entre ambos países que han saltado a la palestra europea (el último caso fue en 2016 con la etarra residente en Gante: Natividad Jáuregui), pero... ¿De cuándo data este desencuentro judicial? Se remontan a la II Guerra Mundial cuando, en 1945, un avión facilitado por Abert Speer, aterriza de forma desastrosa en la Bahía de la Concha, en San Se-

bastián. El piloto, Leon Degrelle –recién nombrado General de las SS por Himmler, y uno de los hombres fuertes de Hitler en Bélgica–, acabó gravemente herido. Rescatado, el régimen franquista le concedió asilo político y Degrelle consiguió que el franquismo le protegiera de las peticiones de extradición procedentes de los Aliados. Juzgado in absentia en diciembre de 1945, fue condenado a muerte por su colaboración con el régimen nazi. En agosto de 1946, Franco fingió ceder a la presión internacional, pero facilitó su huida. Años después, en 1954, se le concedió la nacionalidad española que le permitió vivir en nuestro país ayudado por Falange Española. Nunca salió de territorio español. En los últimos años, la cooperación judicial entre Bélgica y España ha tenido que recuperar cauces de normalidad. Una evolución que ha permitido mejorar las relaciones diplomáticas y afianzar la colaboración entre los Estados. No obstante, aún pesa en el imaginario que durante los años 90 e inicios de los 2000, fueron numerosos los miembros de ETA que dirigieron su exilio al territorio belga. Muchos consiguieron esquivar o aplazar los requerimientos de justicia española, en su mayoría bajo el asesoramiento de Paul Bekaert.

Pero lo que la Historia no puede olvidar es el Holocausto del «Roi des Belges». El monarca Leopoldo II de Bélgica mantuvo las vastas tierras que ahora se conocen como la República Democrática del Congo como posesión personal desde 1885 hasta 1908. Cuando fue obligado a entregarlas al parlamento de su país, mantuvo los hornos encendidos durante ocho días para destruir todos sus registros: «Les daré mi Congo –se le oyó decir–, pero no tienen derecho a saber qué hice allí». Los papeles ocultaban la muerte de diez millones de congoleños, o lo que es lo mismo, la pérdida del 50% de la población autóctona.

Leopoldo lamentaba ser monarca de un país pequeño que no mostraba deseos de sumarse a la

carrera imperialista. Tras años de buscar en los mapas y en las triquiñuelas de la política internacional algún pedazo de espacio con el que saciar su codicia, dio con la terra incognita ubicada en el corazón del continente africano. Tuvo la astucia de encubrir sus proyectos bajo un manto de pretextos filantrópicos. Gracias a una brillante campaña propagandística logró embarcarse a medio mundo. El Acta de Berlín (26 de febrero de 1885), presidida por Bismarck, dejó en sus manos una zona cuya extensión superaba el millón y medio de kilómetros cuadrados, denominada Estado Libre del Congo, cuyo gobierno y administración corrió por cuenta de Leopoldo con total exclusión del Estado belga. Antes, el monarca había tenido la previsión de contratar a una de las estrellas internacionales del momento, Henry Morton Stanley, quien sentó las bases para el dominio leopoldino. El mentiroso patológico que ha pasado a la Historia por haber encontrado al «perdido» doctor Livingstone –supongo–, persuadió a centenares de jefes de la cuenda del Congo a que firmaran sus tierras y sus derechos al rey de los belgas.

EL HOLOCAUSTO DEL REY

Los años de quehaceres de Stanley a su servicio hicieron posible que Leopoldo enguliese una porción de territorio equiparable a 66 veces la extensión de su país, cuyas riquezas, principalmente el marfil y el caucho, hicieron de él uno de los grandes magnates de su tiempo, y también uno de los criminales más sanguinarios del siglo XX, equiparable a Hitler y Stalin.

Si pisar nunca aquellas tierras se dedicó a saquear el país. Para lograr sus fines, se sirvió de no pocos Kurtz –tan bien retratado por Conrad en «El corazón de las tinieblas»– que establecieron un sistema de trabajos forzados. Castigos físicos llevados al extremo, golpes con látigos de metal, secuestros, asesinatos masivos, mutilaciones de manos y de pies, destrucción de aldeas... Los métodos usados por los sicarios de Leopoldo para obli-

PÁGINAS CONTRA LA «LEYENDA NEGRA ESPAÑOLA»



«EL FANTASMA DEL REY LEOPOLDO» (Malpaso), de Adam Hochschild

Un relato perturbador que describe a un megalómano de proporciones monstruosas y retrata a quienes desafiaron al rey Leopoldo.



«EL SUEÑO CELTA» (Alfaguara), de M. Vargas Llosa

Del Congo, en 1903, a una cárcel de Londres, en 1916, la novela narra la historia de Roger Casement, uno de los primeros europeos en denunciar el colonialismo con hechos.



«EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS» (Jugend), de Joseph Conrad

El autor basó la novela en su propia experiencia en el Congo. Un clásico que habla de la lucha del hombre contra los elementos naturales.

